

ZBD # 9

Federico Italiano (poesía)

Textos recibidos el 18/11/2016, aceptados el 18/11/2016 y publicados el 30/01/2017



Reconocimiento-No comercial-Sin obras derivadas 3.0 License



Nací en la ribera del Ticino en junio de 1976. He estudiado filosofía en Milán e imparto clases de Literatura Comparada desde hace más de una década en Múnich (Baviera). Desde 2016 vivo en Viena con mi mujer y dos hijos, y trabajo como investigador de la Academia Austriaca de las Ciencias. He publicado algunos libros de poesía: los más recientes son *L'invasione dei granchi giganti* (Marietti, 2010), *L'impronta* (Aragno, 2014) y *Un esilio perfetto. Poesie scelte 2000-2015* (Feltrinelli, 2015). Mis poemas han sido traducidos al alemán, español, inglés, hebreo, albanés y rumano; y han formado parte de varias antologías, tanto en Italia como en el extranjero. He publicado ensayos de teoría y crítica literaria; también he traducido poetas modernos y contemporáneos del español, del inglés, del francés y del alemán. He editado

antologías y volúmenes colectivos, entre ellos una antología de la poesía italiana publicada en alemán por Hanser en 2013. He amado, estudiado y devorado muchísimos poetas, pero los más importantes en mi formación no parece que hayan dejado indicios en mis versos: Vittorio Sereni, el primer Zanzotto, René Char, Celan, Montale, Brodskij, Milo De Angelis, Heaney, Gelman, Derek Walcott, el joven Grünbein y Paul Muldoon

De Nella costanza (Atelier, 2003)**Nacimiento de una habitación**

Cómo se pueblan las habitaciones de un hombre,
 un día se añade una silla de madera oscura,
 luego un acuario
 con el pececillo de la última vivienda,
 una plantita en la repisa de la ventana,
 y en el suelo una alfombra
 comprada casualmente un sábado en el mercadillo.
 Se disponen los libros, sabiendo perfectamente que es un frente
 abierto contra el huésped.
 El lavabo desaparece casi entre tubitos de dentífrico,
 cepillos de dientes, vasos y ampollas varias.
 Los restos de los envases tienen su propia estética, yacen
 en la mesa como guardias encanecidos de meriendas pasadas,
 un frasco vacío que deja intuir una crema de avellana,
 dos pieles de naranja nunca tiradas por el perfume
 gratuito que traen a la mente.
 Las velas hacen de aduaneras,
 marcan el paso del tiempo, descubren lo sustraído.
 La habitación de mi nuevo vecino es más o menos igual,
 ha cumplido tres años, pronto será abandonada.

La mía todavía está virgen, la habito desde hace poco,
 es un rinconcito propicio al sueño, iluminada
 por un flexo y algunas velas recién estrenadas.
 Mis libros están secos en los estantes, hablan
 de una enfermedad ahabiana aún no resuelta.
 El escritorio está cruelmente –y así lo dejo– junto a la ventana,
 veo luces intermitentes encenderse en el edificio de enfrente.
 La ventana es una pupila, yo el líquido intraocular.
 Al otro lado estudian, pelean, se aman, comen,
 les dejo hacer, no intervengo, he adoptado una actitud
 suiza, no me sacarán de aquí,
 no antes de que mi habitación haya tomado un aspecto más humano.

De *L'invasione dei granchi giganti* (Marietti, 2010)

Dersu Uzala

Me hubiera gustado conocerlo, Dersu el *gol'd*, y tal vez lo conocí de verdad, en ese tiempo en que una página era un mapa, geografía, relieve, en el que la figura susurrada de un tigre estaba presente al tacto en las sábanas, y las colinas, los bosques, los lagos, emergían del gris verdoso de los reflejos de una lámpara. Seguí a Arsen'ev como un tío, un capitán de familia, amaba su indecisión, la delicadeza de su pensamiento petersburgués, curtido en las cortezas de abedul y remezclado en el té campestre, entre mosquitos y ardillas.

Cuanto más me adentraba en la taiga, más fríos se electrizaban los fusiles-escoba bajo el brazo y convertía en alforjas mis mochilas infantiles, acampando en los claros esmeralda de mi habitación de los juegos, comprobando la zoología del Lago Chanka y la selva de Sichote-Alin' en las epifanías del Ticino oeste, las cagarritas de mosca y la sensualidad de las lombrices. Dersu me habría amado, igual que amó a Arsen'ev, y yo lo amaba a él, el intuido olor a ginseng, las plenas fosas nasales del cazador y la organización torácica del viandante.

Eran los años de los libros ocre, con fotos de adaptaciones hollywoodienses, *Tom Jones*, *Miguel Strogoff* y *La hija del capitán*. Pero a nadie amé tanto como a *Dersu Uzala*, ese perderse como un mosquito en los caracteres de la edición de Mursia, gozando del diseño homogeneizado de los apéndices, las reproducciones, entonces pasadas, de la películade Kurosawa, y la foto trasera con un bosque de abedules y alerces, caballos pastando bajo un cielo plúmbeo y el infinito tras los márgenes.

“Mira, capitán, *Amba*¹... Caminar tras nosotros. Muy mal. Huella fresquísima. Estar aquí hace un minuto”.

¹ Tigre

La invasión de los cangrejos gigantes

Bugøyenes, Noruega, Círculo Polar Ártico.

Llegaron de Vladivostok en los años Treinta,
con un convoy se adentraron
en la Bahía de Murmansk,
cangrejos del Pacífico, robustas
concreciones de sal, corazas
purpúreas. Los rusos no avisaron,
no calcularon la rapidez
procreativa de su carne acidulada.

Avanzaron en lo profundo del siglo XX en formación,
devorando millares de algas, las tenaces patas
en el inestable pack les condujeron
hasta aguas noruegas.
Los colonos de Oriente aumentaron
de día en día, chupando de la sal
nuestro oxígeno, confiscando
los seculares tributos del mar.

Ya no hay más peces, ni siquiera para poner de anzuelos.
No tienen rival
más allá de las verdes redes del hombre.
Se irán hacia el Sur, desflorarán los fiordos
occidentales y descenderán hacia Sylt,
Helgoland, hacia las costas de las filiales de Europa, Hamburgo,
Amberes, Bilbao, pelearán con sus iguales
de los mares más cálidos, para luego entrar en el Lago Prometido.

Tomo medida de los invasores cruzando en Excel
todos los mares del globo y el más cambiante
latinum de los crustáceos, trazo
los mapas de la vida en exceso,
soy el notario del Mar de Barents, el contable
enviado de Oslo. Todo pesa en mis cuadernos,
pero nada como la suma
– estructura de la esperanza y principio de la resistencia.

Pueblo que mueves bajo las aguas, predegustada
carne de la destrucción, migración
disyuntiva de la riqueza,
balanza de la humanidad, ignorante
armada de la historia,
multiplicate,
que la plaga sea total y el castigo completo.

La nueva lengua

a Karin Birmele

Un nuevo vocabulario, una lengua de *melanzane*
y *carote* querías, sin letras k ni diéresis,
acentuada, sobre todo grave,
en la que el ser acelera
hacia Oriente en la tercera persona
(a veces un *esso*, lo sé, no bromees,
el neutro es algo serio
aunque sea un ectoplasma en mis pulmones).

Llegaron el pasado próximo y el imperfecto, pero no caí
en tu salto gramatical, no expliqué
el futuro y por legiones se pararon
los diarios, tus réplicas en pasado, confusiones
entre el continuo y las varias formas del perfecto.
Ni siquiera del pronombre me acuerdo,
sin embargo, en un momento estaban todos
los dativos *a me piace*
il pompelmo, los acusativos, *vèstiti*,
los dominantes *ne voglio ancora*.

Recuerdo la evolución semántica, el duelo
idiomático, en *in bocca al lupo*,
la resistencia metafórica al dato,
la respuesta al condicional
(sí, casi como las *crêpes* en Bretaña),
el primer intercambio de ira
y la paz filológica:
pensar en la lengua y no por la lengua.

Relación léxica, la nuestra, mi *melograno*,
mi *pòlipo*, culinaria, has amado siempre
una cierta alquimia gastronómica.
Una comunicación hipotáctica, disciplinadamente
ternaria, indoeuropea.

Cuando luego
accedí a tu lengua, fue incluso más dulce
malinterpretarnos.
Me sometí a un verbo hípico, guerrero,
que podía dividirse, dislocarse
en la oración principal, comprender el todo
en un abrazo de raíz
y prefijo, subordinando
los altares del sujeto y los prados del complemento.

Contigo empecé a fumar, contigo, nueva y misma lengua,
las he fumado todas, hasta el ardor

nocturno en la laringe, hasta
la irritación vertical.

Las he aspirado
para desbloquear la vida del microbio fonético
agitar el rājā, rex, rīx de mis ancestros,
el arquero sármata y el auriga védico
que todavía vagan entre las catacumbas de mis pulmones.

Post scriptum a Joseph Brodsky

He nacido y crecido entre los arrozales piamonteses
en los que olas minúsculas motean
la perfección de los rectángulos y los trapecios:
de ahí la escasez de rimas
y la voz de almidón que recubre constante
la burbuja emocional, frágil.
La llanura no es infinita, lección del cielo abierto:
desde el puente de Romentino, los Alpes y el Rosa
confirman la posibilidad del mito,
la exuberancia, más allá de lo cotidiano.
Porque no fue la llanura,
sino el perfil de los montes, quien me instruyó
y educó en la veneración del mamut.
Esquirla de hielo superviviente del Pleistoceno,
este yo que es un nosotros hídrico,
deslizándose por debajo de las fronteras,
como el Ticino contrabandista,
de la hiperurania suiza hasta la expiación padana.

De *L'impronta* (Aragno, 2014)**Entre naranjas y filósofos**

En nuestra sangre aclarada por el mar
en nuestras rodillas sefardíes
en el destino boreal del pie

en el archivo viviente de tu herencia
en el entusiasmo de mi dedo índice
en el perfume de Zambia y aftershave

en la intuición de los hermanos, en los ojos
de mis hijas te vuelvo a ver padre
cómodo en contemplaciones y sonrisas

en esas disimuladas exégesis
tras la cena, entre naranjas y filósofos,
cuando a inquietos adolescentes pelabas

el código futuro:
sois exactos en el alma, imperfectos
en la unión, audaces en la espera.

Áyax ha muerto

Realmente, solo estoy un poco cansado,
respiro por la nariz, siguiendo la carga
de los bronquios con mirada casi clínica.

Me siento en un banco de madera, a la derecha
del río, donde bicicletas y cuerpos
heliotrópicos arrugan la quietud,

mientras los volantes peinan el verde
– topografía aérea
de un plácido domingo y frágil.

Áyax ha muerto. Hace ya cinco veranos
que ha muerto.
¡Cómo huyen los cascotes
de botellas en las manos de los últimos
recogedores!...
Las piedras me faltarán – la obtusa

resistencia del sílice en el lecho
del Escamandro – y los asados frugales
que preceden victorias o derrotas.

Pero ya no hay sitio para quien se ruboriza
por orgullo: este es el tiempo
de las justificaciones, de las excusas.

Realmente, estoy tranquilo y respiro
por la nariz. Olor a hierba y a crema
solar: Áyax ha muerto.

Zambia

I Mpika

No te interrogué lo suficiente y ahora quedan
solo fragmentos, aisladas piezas
que recomponer, examinando cartas

y fotos ya ocres, reprochando
a los interpelados la incierta memoria
como si no tuviesen derecho,

ellos, a olvidar. Y ciertamente
hay algunas fechas, un lugar, Mpika,
en el norte de Zambia, las excavadoras

y las palas mecánicas en el fondo,
los barracones prefabricados, los pantaloncitos
blancos y tu torso desnudo

después de una partida de fútbol, la barba
negra todavía frondosa de eternidad
y los ojos ya deseosos de sombra.

II Lusaka

Tras tu muerte me contaron
que el día en que tenía que haber nacido
bajaste en jeep a la capital,

Lusaka, para un par de minutos
al teléfono, para la conmoción
de una voz que confirmase el feliz

desenlace del parto, la vida, el inicio –
doce horas de sabana con el corazón
en una maternidad piamontesa.

Ocupada: la línea seguía
fallando. ¿Quién sabe que hiciste luego?
Si hubiese sido tú, me habría ido

al Jardín Botánico –pocos pasos,
un banco, un periódico de finales
de junio y un dedo en el hueso temporal.

III Polaroid

Siempre me he preguntado qué presenció
aquella polaroid: tal vez
una Gitane, la ducha

la comida con los colegas de la obra
bajo el paraguas verde de una acacia,
las discusiones con el cocinero eritreo

–historias de rinocerontes e hipopótamos
de sangre y de colonias, de saneamientos
y de errores de colimación.

Ahora que ya no estás, pienso en las cartas
topográficas, en las planimetrías
abiertas en el capó de tu pick-up,

en el compás, en tus gafas de sol,
en los libros nocturnos, en las úlceras
de tu estómago de topógrafo anárquico.

IV Great North Road

No pregunté lo necesario y no me queda
más que buscarte en tu pasado de atlante,
en el trazado de tu Great North Road,

en folletos y revistas, en el místico
kilometraje hasta Dar-er-Salaam,
en los dioramas de los museos etnológicos,

en las postales con cebras, antílopes
y danzantes, en volúmenes oxonienses
sobre la evolución de los transportes en África,

en los recuerdos del ático, allí
donde desarmabas la retórica
donde todavía te escondes y nos escuchas

deshaciendo los bordados de aventuras
como cuando te cortaste la barba
para siempre, para no dar miedo.

De Un esilio perfetto. Poesie scelte 2000-2015 (Feltrinelli, 2015)

Nieve

Sentados en la mesa de un restaurante
nos estudiamos tímidamente,
como quien revisa el manuscrito
de las propias confesiones, ruborizándonos
por la generosidad de un adverbio,
resbalando por las desnudas escápulas de un nombre.

Del restaurante vinimos a la nieve,
como saliendo del primer
fuego de nuestra especie. El invierno
nos dejó atónitos junto al portón
oscuro, de hierro, calentado por la hiedra,
donde tu ley embriagaba más que el vino.

Himalaya

Así comienza un nuevo día, otra
fabulosa fuga de los daños
de la noche, con la luz velada
por las cortinas en tu rostro yacente,
los edredones arrugados como el Himalaya
nevado entre la India de tu cuerpo

y el desierto de mi indecisión;
luego la vida más dulce
nos escala a ambos, se insinúa, nos pide
prisa y desayuno
y un paso más ligero hacia el parquet
del nuevo día, de la nueva fábula.

Traducción de Juan Pérez Andrés

Da *Nella costanza* (Atelier, 2003)**Nascita di una stanza**

Come si popolano le stanze dell'uomo,
 un giorno s'aggiunge una sedia di legno scuro,
 poi un acquario,
 col pesciolino dell'ultima abitazione,
 una pianticella sulla mensola alla finestra,
 e sul pavimento un tappeto
 acquistato per caso un sabato, al mercatino delle pulci.
 Si dispongono i libri, ben sapendo che è un fronte
 steso contro l'ospite.
 Il lavabo quasi sparisce tra tubetti di dentifricio,
 spazzolini, bicchieri e flaconcini vari.
 I consumi hanno la loro estetica, stanno
 al tavolo come guardie incanutite di merende trascorse,
 un barattolo vuoto, che lascia intuire una crema di nocciola,
 due bucce d'arancia mai spostate, per il profumo
 gratuito che suggeriscono alla mente.
 Le candele hanno una funzione doganale,
 segnano il passo del tempo, scovano il maltolto.
 La stanza del mio nuovo vicino è più o meno simile,
 ha compiuto tre anni, sarà presto abbandonata.

La mia è ancora bianca, vi abito da poco,
 è una porzione ospedaliera del sonno, illuminata
 da una lampada da studio e da qualche candela alle prime armi.
 I miei libri stanno secchi sulle mensole, parlano
 di una malattia achabiana, ancora non risolta.
 La scrivania è crudelmente – e così la lascio – alla finestra,
 vedo luci intermittenti accendersi nel palazzo vicino.
 La finestra è una pupilla, io il liquido oculare.
 Dall'altra parte, studiano, litigano, s'amano, mangiano,
 li lascio fare, non intervengo, ho deciso un piano d'azione
 svizzero, non mi tireranno fuori di qui,
 non prima che la mia stanza abbia preso un aspetto più umano.

Da *L'invasione dei granchi giganti* (Marietti, 2010)

Dersu Uzala

Avrei voluto conoscerlo, Dersu il *gol'd*, e forse
 lo conobbi davvero, nel tempo
 in cui una pagina era una mappa, geografia,
 rilievo, in cui l'orma sussurrata di una tigre
 era al tatto presente, sulle lenzuola,
 e le colline, le foreste, i laghi emergevano
 dal grigio-verde dei riflessi d'abat-jour.
 Seguì Arsen'ev come uno zio, un capitano
 di famiglia, amavo la sua indecisione, la delicatezza
 del suo pensiero pietroburghese, strofinato
 sulle cortecce di betulla e rimescolato
 nel tè campestre, tra zanzare e scoiattoli.

Più penetravo nella tajga, più freddi
 ionizzavano i fucili-scopa sotto il braccio
 e dei miei zaini elementari facevo bisacce,
 accampando nelle radure smeraldo
 della mia stanza giochi, comprovando la zoologia
 del Lago Chanka e la flora del Sichote-Alin'
 sulle epifanie dell'Ovest Ticino, le caccole di mosca
 e la sensualità dei lombrichi.
 Dersu mi avrebbe amato, come amò Arsen'ev,
 ed io amavo lui, l'intuito odore di ginseng,
 il naso pasciuto del cacciatore
 e l'organizzazione toracica del viandante.

Erano gli anni dei libri ocre,
 con foto di trasposizioni
 hollywoodiane, *Tom Jones*, *Michele Strogoff*
 e *La figlia del capitano*.
 Ma nessuno amai più di *Dersu Uzala*,
 quel perdersi a guisa di moscerino
 sui caratteri dell'edizione Mursia
 godendo la grafica omogeneizzata delle appendici,
 le riproduzioni, allora inattuali,
 della pellicola di Kurosawa,
 e la foto di quarta, con un bosco di betulle e larici,
 cavalli al pascolo sotto il plumbeo
 e l'infinito dietro la cornice.

“Guarda, capitano, *Amba*²... Dietro noi camminare.
 Molto male. Traccia freschissima. Essere qui minuto fa”.

²

Tigre

L'invasione dei granchi giganti

Bugøyenes, Norvegia, Circolo Polare Artico

Giunsero da Vladivostok negli anni Trenta
con un convoglio sprofondarono
nella Baia di Murmansk,
granchi del Pacifico, robuste
concrezioni del sale, corazze
purpuree. I russi non ne diedero notizia,
non calcolarono la rapidità
procreativa della loro carne acidula.

Avanzarono nel Novecento profondo in formazione,
divorando miglia d'alghe, le chele tenaci
sull'instabile pack li condussero
in acque norvegesi.
I coloni d'Oriente aumentano
di giorno in giorno, succhiando dal sale
il nostro ossigeno, confiscando
i secolari tributi del mare.

E non ci sono più pesci, nemmeno per le esche.
Non hanno concorrenti,
se non le verdi reti dell'uomo.
Si spingeranno verso Sud, defloreranno i fiordi
occidentali e scenderanno verso Sylt,
Helgoland, verso le coste delle filiali d'Europa, Amburgo,
Anversa, Bilbao, si batteranno coi loro simili
dei mari più caldi, per poi entrare nel Lago Promesso.

Prendo le misure degli invasori, incrociando in Excel
tutti i mari del globo e il più cangiante
latinum dei crostacei, redigo
le mappe della vita in eccesso,
sono il notaio del Mar di Barents, il contabile
inviato da Oslo. Tutto pesa nei miei taccuini,
ma nulla quanto l'addizione
– struttura della speranza e principio della resistenza.

Popolo che muovi sotto le acque, prelibata
carne della distruzione, migrazione
disgiuntiva della ricchezza,
bilancia del consorzio umano, inconsapevole
armata della storia,
moltiplicati,
perché la piaga sia piena e la punizione completa.

La nuova lingua

a Karin Birmele

Un nuovo vocabolario, una lingua di *melanzane*
e *carote* volevi, senza kappe né dieresi,
accentuata, soprattutto grave,
dove l'essere accelera
verso Oriente sulla terza persona
(a volte un *esso*, lo so, non scherzare,
il neutro è cosa seria
anche se ectoplasma nei miei polmoni).

Vennero il prossimo e l'imperfetto, ma non m'accorsi
del tuo salto grammatico, non diedi spiegazioni
al futuro e in legioni si pararono
i diari, le tue repliche al passato, confusioni
tra continui e derive del perfetto.
Nemmeno del pronome mi ricordo,
eppure d'un tratto c'erano tutti
i dativi *a me piace*
il pompelmo, gli accusativi, *vèstiti*,
i dominativi *ne voglio ancora*.

Ricordo l'evoluzione semantica, il duello
idiomatico, sull'*in bocca al lupo*,
la resistenza metaforica al dato,
la risposta all'ottativo
(sì, quasi come le *crêpes* in Bretagna),
la prima condivisione dell'ira
e la pace filologica:
pensare nella lingua e non per la lingua.

Relazione lessicale, la nostra, mio *melograno*,
mio *pòlipo*, culinaria, hai sempre amato
una certa alchimia da fornello.
Una comunicazione ipotattica, disciplinatamente
ternaria, indoeuropea.

Quando poi
entrai nella tua lingua, fu più dolce
ancora il fraintendere.
Mi sottomisi ad un verbo ippico, guerriero
che poteva dividersi, slogarsi
nella frase principe, comprendere il tutto
in un abbraccio di radice
e prefisso, subordinando
gli altari del soggetto ed i pascoli del complemento.

Con te presi a fumare, con te, nuova e medesima lingua,
le ho fumate tutte, fino al bruciore

notturmo sotto la laringe, fino
al raschio verticale.

Le ho aspirate
per sbloccare la vita del batterio fonetico
agitare il rājā, rex, rīx dei miei avi,
l'arciere sàrmata e l'auriga vedico
che ancora errano tra le catacombe dei miei polmoni.

Post scriptum a Josif Brodskij

Sono nato e cresciuto tra le risaie piemontesi
dove onde minuscole screziano
la perfezione dei rettangoli e dei trapezi:
di qui la scarsezza di rime,
la voce d'amido che ricopre costante
la bolla emozionale, fragile.
La pianura non è infinita, lezione del sereno:
dal ponte di Romentino, le Alpi e il Rosa
confermano la possibilità del mito,
l'esuberanza, oltre il quotidiano.
Poiché non da pianura,
ma dal fronte dei monti fui edotto,
educato alla venerazione del mammut.
Scaglia di ghiaccio sopravvissuta al Pleistocene,
quest'io ch'è un noi idrico,
sguscia sotto i confini,
come Ticino il contrabbandiere,
dall'Iperurano svizzero all'espiazione padana.

Da *L'impronta* (Aragno, 2014)

Tra arance e filosofi

Nel nostro sangue schiarito dal mare
nelle nostre ginocchia sefardite
nel destino boreale del piede

nell'archivio vivente del tuo lascito
nell'entusiasmo del mio dito indice
nel profumo di Zambia e dopobarba

nell'intuito dei fratelli, negli occhi
delle mie figlie ti rivedo padre
a tuo agio in contemplazione e sorrisi

in quelle dissimulate esegesi
del dopocena, tra arance e filosofi,
quando a inquieti adolescenti sbucciavi

il codice futuro:
siate esatti nell'anima, imperfetti
nell'aderire, audaci nell'attesa.

Aiace è morto

In verità, sono solo un po' stanco,
 respiro dal naso, seguendo l'onere
 dei bronchi con riguardo quasi clinico.

Siedo su una panca di legno, alla destra
 del fiume, dove biciclette e corpi
 eliotropici striano la quiete,

mentre i volani perlustrano il verde
 – topografia pensile
 di una placida domenica e fragile.

Aiace è morto. Sono cinque estati
 ormai che sono morto.
 Come fuggono i vuoti

di bottiglia nelle mani degl'ultimi
 raccoglitori...
 I sassi mi mancheranno – l'ottusa

resistenza della selce sul letto
 dello Scamandro – e gli arrostiti frugali
 che precedono vittorie o disfatte.

Ma non c'è più spazio per chi arrossisce
 a punture d'orgoglio: questo è il tempo
 delle giustificazioni, degli alibi.

In verità, sono calmo e respiro
 dal naso. Odore d'erba e di crema
 solare: Aiace è morto.

Zambia

I Mpika

Non ti chiesi abbastanza e ora rimangono
solo frammenti, isolati tasselli
da ricomporre, esaminando carte

e foto ormai ocra, rimproverando
l'incerta memoria agli interpellati
come se non avessero diritto,

loro, di dimenticare. E di certo
ci sono alcune date, un luogo, Mpika,
nel Nord dello Zambia, le scavatrici

e le pale gommate sullo sfondo,
i prefabbricati, i pantaloncini
bianchi e il tuo torso nudo

dopo una partita a calcio, la barba
nera ancora folta d'eternità
e gli occhi già desiderosi d'ombra.

II Lusaka

Dopo la tua morte mi raccontarono
che il giorno in cui sarei dovuto nascere
scendesti in jeep verso la capitale,

Lusaka, per un paio di minuti
al telefono, per la commozione
di una voce che confermasse l'esito

buono del parto, la vita, l'inizio –
dodici ore di savana col cuore
in una maternità piemontese.

Occupato: la linea continuava
a cadere. Chissà che hai fatto poi?
Fossi stato in te, me ne sarei andato

al Botanical Garden – pochi passi,
una panchina, un giornale di fine
giugno e un dito sull'osso temporale.

III Polaroid

Mi son sempre chiesto cosa seguì
quella polaroid: forse
una Gitane, la doccia

il pranzo coi colleghi del cantiere
sotto l'ombrello verde di un'acacia,
le discussioni col cuoco eritreo

– storie di rinoceronti e ippopotami
di sangue e di colonie, di bonifiche
e di errori nella collimazione.

Ora che non ci sei, penso alle carte
topografiche, alle planimetrie
aperte sul cofano del tuo pick-up,

al compasso, ai tuoi occhiali da sole,
ai libri notturni, alle irritazioni
del tuo stomaco da geometra anarchico.

IV Great North Road

Non chiedi quanto basta e non mi resta
che cercarti nel passato di atlanti,
nel tracciato della tua Great North Road,

in bollettini e gazzette, nel mistico
chilometraggio per Dar-es-Salaam,
nei diorami dei musei etnologici,

nelle cartoline con zebre, antilopi
e danzatori, in volumi oxoniensi
sullo sviluppo dei trasporti in Africa,

nei cimeli della mansarda, là
dove disinnescavi la retorica
dove ancora ti nascondi e ci ascolti

disfacendo i ricami d'avventura
come quando ti tagliasti la barba
per sempre, per non destare paura.

Da *Un esilio perfetto. Poesie scelte 2000-2015* (Feltrinelli, 2015)

Neve

Seduti al tavolo di un ristorante
ci studiammo a ritroso,
come chi revisioni il manoscritto
delle proprie confessioni, arrossendo
per la generosità di un avverbio,
scivolando sulle scapole nude di un nome.

Dal ristorante venimmo alla neve,
come uscendo dal primo
fuoco della nostra specie. L'inverno
ci lasciò attoniti presso un cancello
scuro, di ferro, scaldato dall'edera,
dove la tua legge inebriava più del vino.

Himalaya

Così comincia un nuovo giorno, un'altra
favolosa fuga dai nocumenti
della notte, con la luce tradotta
dalle tende sul tuo viso disteso,
i piumoni arricciati come Himalaya
innevato tra l'India del tuo corpo

e il deserto della mia indecisione;
poi la vita più dolce
ci scala entrambi, s'insinua, ci chiede
premura e colazione
e un passo più svelto verso il parquet
del nuovo giorno, della nuova favola.